

y conturbado. ¡Ah! ¡Qué inefable consuelo le hubiera producido una sola palabra de elogio del *Árbitro de las Elegancias*! No pudo contenerse; necesitaba conocer su opinión; con un ademán le llamó, y, cuando le tuvo cerca, le dijo:

— ¡Habla!...

— Callo — le contestó friamente Petronio — porque no encuentro palabras para elogiarte; te has sobrepuesto á ti mismo.

— Esto me ha parecido á mi; sin embargo, el pueblo...

— ¿Puedes, acaso, exigir que esa chusma iliterata entienda en asuntos de poesía?...

— ¿Entonces tú también te has fijado en que mis méritos no han sido debidamente apreciados?...

— El momento no era oportuno.

— ¿Por qué?

— Porque cuando sofoca el olor de la sangre no es posible escucharse con atención.

El César, apretando los puños y frunciendo el entrecejo, exclamó:

— ¡Ah, malditos cristianos! No contentos con pegar fuego á Roma la emprenden ahora conmigo... ¿Qué nuevos suplicios podría inventar para ellos?...

En cuanto advirtió Petronio que sus palabras producían un efecto absolutamente contrario al que deseaba alcanzar, se apresuró á distraer la atención del César, diciéndole con voz muy queda:

— Tu himno es hermosísimo; mas permíteme que te haga una observación: el tercer verso de la última estrofa es corto.

Nerón se puso rojo de vergüenza, como si hubiese sido sorprendido en flagrante delito. Y, lanzando en torno recelosa mirada, contestó, también muy por lo bajo:

— ¡A ti no se te escapa nada!... Lo sabía... Limaré aquel verso... Pero, ¿no lo habrá notado nadie más?... Por todos los dioses te conjuro á que no lo divulgues si... ¡si en algo estimas la vida!

Petronio, arrugando el entrecejo y como dando rienda suelta á su hastio, replicó:

— Puedes, divino, condenarme á muerte si te estorbo; pero te ruego que no me amenes; porque bien saben los dioses que no me espanta á mi la muerte.

Y mientras esto decía, miraba á Nerón de hito en hito, como si le desafiara.

— No te enfades, Petronio; ya sabes cuanto te quiero — te puso el César.

— Mala señal — pensó el *Árbitro de las Elegancias*.

— Quería hoy invitaros á todos á un banquete — prosiguió el Emperador; — mas prefiero encerrarme en la biblioteca y corregir aquel maldito verso. Es posible que además de ti haya advertido el defecto Séneca, y acaso también Segundo Carino. Pero de éstos voy á desembarazarme inmediatamente.

Dicho esto, llamó á Séneca y le ordenó que en compañía de Acrato y de Segundo Carino fuese á recorrer las provincias de Italia para recoger cuanto dinero encontrasen en las ciudades, en los pueblos, en los templos y donde quiera que lo hubiese. Pero Séneca, comprendiendo que se le confería un cargo odioso, que se trataba de convertirle en bandido y depredador sacrilego, rehusó sin ambages.

— Me es absolutamente indispensable el descanso porque estoy enfermo de los nervios — dijo. — Permíteme que vaya á una de mis quintas á esperar la muerte.

Los nervios del español Séneca eran bastante más fuertes que los de Quilón Quilónides y no exigían cuidado alguno; pero el gran filósofo tenía indudablemente quebrantada la salud, como era fácil ver por su aspecto cadavérico. Su cabeza había encanecido en poco tiempo.

El César dió una mirada rápida á su antiguo preceptor, y bien pronto echó de ver que, en efecto, no tardaría en desembarazarle de él la muerte.

— No quiero exponerte á las molestias de un viaje si estás enfermo — le dijo; — mas por lo mucho que te amo, tampoco quiero que te alejes de mí. Por consiguiente, no irás al campo; te encerrarás en tu casa y no saldrás de ella hasta nueva orden.

Y sonriendo, agregó:

— Enviar solos á Acrato y á Carino sería como enviar lobos en busca de ovejas. ¿Por quién podría hacerles acompañar?

— ¡Mándame á mí! — exclamó Domicio Afro.

— ¡No!... En modo alguno quiero atraer sobre Roma la cólera de Mercurio, el cual, á buen seguro se escandalizaría de vuestros latrocinios. Quiero confiar el encargo á un estoico como Séneca, ó siquiera como mi nuevo amigo el filósofo Quilón... ¡Cómo! ¿No está aquí? ¿Qué ha sido, pues, de él?...

El griego, que al respirar el aire libre había recobrado el

sentido y vuelto al anfiteatro mientras Nerón cantaba, se acercó en seguida al César y le dijo:

—Estoy aquí, refulgente vástago del Sol y de la Luna. Me puse malo; pero tu himno me ha devuelto la salud.

—Amigo Quilón: deseo enviarte á Acaya—repuso el César—porque tengo para mí que has de conocer aquello muy bien y sabrás encontrar los tesoros de los templos, sin dejarte un sextercio.

—¡Ah, sí, sí! Enviame allá ¡oh Zeus! y te juro que los dioses te ofrecerán un tributo como jamás hayas podido soñarlo.

—Lo haré... después. No quiero privarte ahora de los espectáculos.

Los augustales, al ver que Nerón se había puesto de más buen humor, se echaron á reír y dieron comienzo de nuevo á las chanzas.

—No, no, divino; no prives de los juegos á ese valeroso heleno.

—Pero privame al menos ¡oh, sacro Emperador! de la vista de todos esos gansos del Capitolio, cuyos cerebros, todos juntos, no llenarían una cáscara de bellota—respondió Quilón.—Tengo deseos de escribir un himno griego en tu honor ¡oh, primogénito de Apolo! y quisiera pasar algunos días en el templo de las Musas á fin de impetrar su inspiración.

—¡Ah no, no!—exclamó el César—Lo que tú quieres es largarte... y eso, no lo conseguirás.

—Te juro, señor, ser cierto que estoy preparando un himno.

—Bien; lo escribirás por las noches. En cuanto á la inspiración, invoca á Diana que, al fin y al cabo, es hermana de Apolo.

Quilón bajó la cabeza, lanzando furibunda mirada á los augustales que reían á carcajadas mientras el César, volviéndose á Tulio Senección y á Suilio Nerulino, decía:

—¿Creeréis que no han podido ser despachados ni la mitad de los cristianos destinados á la función de hoy?

Después de haber reflexionado un instante, contestó á esto el viejo Aquilino Régulo, hombre expertísimo en todo lo relativo á juegos circenses:

—En verdad, esos espectáculos en los cuales toma parte gente *sine armis et sine arte* (1) duran casi tanto como los otros y son menos interesantes.

(1) Desarmada y poco diestra.

—Ordenaré que les den armas—contestó Nerón.

El supersticioso Vestinio, que estaba meditabundo y cabizbajo, saliendo repentinamente de sus cavilaciones, preguntó en tono misterioso:

—¿No habéis observado como en el momento de morir parece que ven alguna cosa extraña?... Con la mirada fija en el firmamento, se diría que mueren sin dolor. Estoy bien persuadido de que ven algo...

Y al decir esto levantó los ojos hacia la amplia abertura superior del anfiteatro, por encima de la cual la noche extendía ya su inmenso *velario*, esmaltado de estrellas. Pero los demás augustales le contestaron con risas y chanzas, haciendo ingeniosas conjeturas acerca de lo que pudieran ver los cristianos en el momento de morir. En tanto el César hizo una señal á los *lampadarios*, y abandonó el Circo, seguido de las vestales, los senadores, los magistrados y los cortesanos.

La noche era clara y apacible. En frente del anfiteatro había todavía mucha gente esperando la salida del César; pero su aspecto era triste y sombrío. Unos pocos aplaudieron; mas su aplauso no halló eco alguno. Seguían saliendo del *Spoliarium* los rechinantes carros que transportaban los cuerpos de las víctimas. Petronio y Vinicio regresaron á su casa en silencio. Solo cuando estuvieron á punto de llegar preguntó el primero:

—¿Has pensado en lo que te he dicho?

—Sí.

—¿Lo creerás?... La salvación de Ligia se ha convertido para mí en cuestión de suma importancia. He de salvarla, pese al César y á Tigelino. Se trata de una batalla en la que he de obtener la victoria; de un juego en el que he de ganar, aunque sea á costa de mi vida... El espectáculo de hoy me ha alentado á realizar mi propósito.

—¡Dios te lo pague!

—Ya verás como me salgo con la mía.

Platicando de esta suerte llegaron á la puerta de la casa de Petronio, donde se paró la litera. Apenas habían echado pie á tierra cuando vieron acercarse un bulto.

—¿Vive en esta casa el noble Vinicio?—preguntó.

—Sí—respondió éste—¿Qué quieres?

—Soy Nazario, el hijo de Miriam. Vengo de la cárcel y te traigo noticias de Ligia.

Vinicio se apoyó en el brazo del mancebo, y á la luz de las lanternas se puso á mirarle, asombrado, trémulos los labios, sin poder pronunciar palabra. Pero Nazario adivinó la pregunta que en vano el tribuno intentaba hacerle.

— Si—le dijo;— vive, señor. Y Oso me ha enviado para decirte que en su delirio ruega constantemente á Dios por tí y repite tu nombre.

Vinicio exclamó:

— ¡Sea para siempre glorificado Nuestro Señor Jesucristo! Únicamente él puede devolvérmela.

Entraron en la biblioteca; poco después se les unió Petronio.

— La enfermedad la ha preservado hasta ahora de la muerte y aún de otros riesgos más terribles. Oso y el médico Glauco no se separan ni un momento de su lado.

— Y los carceleros, ¿son los mismos?

— Si, y Ligia continua en el *cubiculo* de uno de ellos. Los hermanos que estaban en la prisión subterránea han perecido todos á consecuencia de la fiebre ó asfixiados por el aire infecto que allí se respira.

— ¿Quién eres?—preguntó Petronio.

— El noble Vinicio me conoce. Soy hijo de la viuda que dió albergue á Ligia.

— ¿Eres cristiano?

El joven dirigió al tribuno una mirada, como para interrogarle acerca de lo que debía responder, y, al observar que estaba orando, irguió altivamente la cabeza y respondió:

— Si.

— ¿Y cómo puedes entrar en la cárcel?

— Estoy empleado en el transporte de cadáveres; busqué esta colocación para ayudar á mis hermanos y transmitirles todas las noticias de fuera que puedan interesarles.

Petronio contemplaba el rostro ingenuo y lindo del muchacho, sus ojos azules, sus cabellos negros y ensortijados.

— ¿De qué país eres, muchacho?—le preguntó.

— De Galilea, señor.

— ¿Quisieras que Ligia se salvara?

El mancebo, levantando los ojos al cielo, respondió:

— ¡Oh! aún cuando hubiese de morir yo después.

Vinicio, terminada la plegaria, se volvió al joven y dijo:

— Escucha: dirás á los carceleros que la coloquen en un ataúd, como si estuviese muerta, y busca tú gente de confianza

que te ayude á sacarla de la cárcel. Cerca de las fosas *hediondas* os esperarán con una litera varias personas, á las cuales entregareis el ataúd. Di á los carceleros que les recompensaré dándoles tanto oro como pueda llevar cada uno en su manto.

Mientras esto decía, animábasele el semblante y despertábase en su alma las energías invencibles del soldado.

Nazario, en un transporte de alegría, tendió los brazos al cielo y exclamó:

— ¡Cristo quiera devolverle la salud, pues será libertada!

— ¿Crees que los carceleros accederán á nuestro deseo?—preguntó Petronio.

— Ellos, señor—respondió Nazario— con tal se les garantice que no serán castigados, á todo se allanarán...

— Es indudable—agregó Vinicio.— Si habian consentido en facilitarle la fuga, con mayor razón accederán á dejarla salir como si estuviera muerta.

— Debo advertiros—prosiguió el mancebo— que un hombre comprueba con un hierro candente la muerte de los que son sacados de la cárcel. Pero con pocos sextercios se le vencerá de que debe aplicar el hierro, no al cuerpo, sino al féretro.

— Entonces prométele una bolsa de monedas de oro—manifestó Petronio.— Pero ¿te será posible encontrar compañeros fieles que te ayuden?

— Conozco á algunos que por dinero serian capaces de vender á su mujer y á sus hijos.

— ¿Y dónde los buscarás?

— En la misma cárcel ó en la Ciudad, porque los carceleros y los guardias, si se les paga bien, dejarán pasar á quien quiera se nos antoje.

— En este caso, llévame con tus hombres—dijo Vinicio.

Petronio se opuso á ello resueltamente.

— Los pretorianos podrian reconocerte aunque fueras disfrazado, y lo echariamos todo á perder. ¡No, no; en modo alguno!... Ni á la cárcel, ni al cementerio... Es preciso que todo el mundo, especialmente el César y Tigelino, esté bien convencido de que ha muerto; de lo contrario, empezarian de nuevo las pesquisas para dar con ella. Para no alimentar ninguna sospecha conviene que ambos permanezcamos en Roma mientras llevan á Ligia á los montes Albanos ó á un punto más lejano... á Sicilia, por ejemplo. Dentro de una ó dos semanas,

te pones enfermo, llamas al médico de Nerón, te haces recetar los aires de montaña, te reunes con ella, y luego...

Petronio reflexionó un momento, y, acompañando la palabra con un gesto muy significativo, agregó:

—Y luego... es posible que hayan cambiado las cosas.

—¡Jesucristo tenga piedad de ella!—exclamó Vinicio.—Hablas de llevarla á Sicilia... y está gravemente enferma, y es posible que muera.

—Bien; la ocultaremos por el pronto en un punto más cercano. El aire puro la restablecerá. ¿No tienes en las montañas vecinas algún colono de toda tu confianza?

—Sí; cerca de Coriolos tengo uno, muy leal y honradísimo, que me quiere con toda el alma, porque cuando yo era niño me tuvo muchas veces sobre sus rodillas, jugando conmigo.

—Escribele, pues, que mañana á primera hora esté en Roma, y le enviaremos al punto un correo—repuso Petronio, poniendo en manos de Vinicio las tablillas.

Pocos momentos después partía para Coriolos un esclavo á caballo, con la carta.

—Quisiera—dijo Vinicio—que Oso no la abandonara... Estaría yo más tranquilo y satisfecho si también le salváramos á él.

—Señor—respondió Nazario;—la cosa no es muy difícil. Oso es hombre de tan extraordinaria fuerza que puede romper las rejas y seguirnos. En la fachada posterior de la prisión hay un tragaluz en un muro muy alto y á plomo, al pie del cual no han puesto centinelas. Le llevaré una cuerda, si te parece, y él cuidará de lo demás.

Petronio se opuso resueltamente á ello, fundándose en que la salvación del ligio podría ser obstáculo para la de la doncella.

—Si huye—añadió—que sea dos ó tres días después de haber sacado á Ligia, y que en modo alguno vaya á reunirse con ella, pues acaso le siguieran los pasos, por mandato del César ó de Tigelino, con lo cual descubrirían nuestra estratagemá y perderíamos de nuevo á la muchacha.

Comprendiendo cuan atinadas eran estas observaciones, Vinicio y Nazario acataron la voluntad de Petronio sin replicar.

Nazario se despidió, prometiendo volver á la mañana siguiente muy temprano. Estaba impaciente por ver á su madre (la cual no tenía un momento de tranquilidad, atormentada por el pensamiento de los riesgos que corría su hijo único), y por

andar en busca de los hombres que habían de ayudarle á sacar á Ligia de la cárcel.

Pero antes de salir, llamó aparte á Vinicio y le dijo muy quedo:

—De nuestro proyecto nadie sabrá nada, ni siquiera mi madre; pero al Apóstol, á quien hallaré en casa, porque prometió ir á vernos al salir del anfiteatro, desearía contárselo todo.

—Puedes hablar en voz alta—respondióle Vinicio—Pedro estaba en el circo con la gente de Petronio. Pero... aguarda... voy yo contigo.

Se envolvió en un manto de esclavo, y salieron. Petronio, al quedar sólo, exhaló un profundo suspiro y púsose á discurrir de esta suerte:

—Antes deseaba que falleciera Ligia, pues esto, al fin y al cabo, hubiera sido menos doloroso para Vinicio que lo que hoy acontece; mas ahora estoy dispuesto á ofrecer á Esculapio mi tripode de oro para que la cure. ¡Ah, Barbarroja! Quieres solazarte con el espectáculo de las torturas de un amante... ¿no es cierto? Y tú, Augusta, terriblemente en celada de la hermosura de una niña, quisieras tenerla entre tus uñas y devorarla porque te han asesinado á tu Rufo, ¿verdad? Y tú, Tigelino, la quieres matar, sólo para mortificarme á mí... ¡Pues bien; veremos quien puede más!... Petronio os dice que vuestros ojos no la contemplarán en la arena, porque si no perece de muerte natural os la arrebatará de las manos como se arrebata un hueso de entre los colmillos de un perro... Sí; yo os la escamotearé con tanta limpieza que no lo echaréis de ver; y luego, siempre que os encuentre á mi paso, diré para mis adentros: «He ahí los imbéciles á quienes ha burlado Cayo Petronio.»

Y con el semblante animado por la satisfacción, pasó al *triclinio* y se sentó á la mesa para cenar. Mientras comía, le laló el lector los idilios de Teócrito. Afuera el viento soplaba con impetuosidad, amontonando sobre Roma las nubes que venían del lado del Soracta. De pronto una terrible tempestad turbó la calma de aquella espléndida noche estival. Resonaba el ronco ruido del trueno sobre las siete colinas; pero Petronio, indiferente á la tormenta, seguía saboreando las delicadezas del idílico poeta, que en el hermoso dialecto dórico canta la ingenuidad de la vida pastoril. Y, como mecido por la gratisima delicadeza de la poesía, entornaba los ojos, é iba á gustar de

dulcísimo sueño, cuando le anunciaron que había regresado su sobrino. Apresuróse á salirle al encuentro.

—¿Qué noticias traes? ¿Ha ido ya Nazario á la cárcel?—le preguntó.

—Si —respondió el tribuno, pasándose la mano por los cabellos empapados en agua.— Ha ido allí Nazario para ponerse de acuerdo con los carceleros. He visto á Pedro y me ha recomendado que no dejara de orar, que no perdiese la fe ni un instante.

—Todo va á pedir de boca. Si no topamos con algún obstáculo insuperable, mañana por la noche podrá ser llevada la muchacha á los montes Albanos.

—El colono estará aquí al amanecer con los hombres necesarios.

—Muy bien; vete ahora á dormir.

Pero Vinicio, en cuanto estuvo en el *cubiculo*, se arrodilló y se puso á orar...

III

Como había previsto Vinicio, Nigro, el colono de las cercanías de Coriolos, con cuatro hombres de su confianza escogidos entre sus esclavos bretones, una litera y algunos mulos, llegaba á Roma al amanecer, y, procediendo con la mayor cautela, dejaba en una posada de la Suburra hombres, animales y litera, y se encaminaba sólo á la casa de Petronio. Vinicio, que había pasado la noche en vela, le salió al encuentro. El colono se enterneció al verle, y, besándole las manos, le dijo:

—¡Oh, querido señor! ¿Estás enfermo ó te han demacrado las penas? Apenas podía reconocerte.

Vinicio le hizo entrar en el *sixto* (1) y le dió cuenta de sus propósitos. Nigro le escuchó suspenso y maravillado, sin tratar de ocultar la profunda emoción que se reflejaba en su rostro, curtido por el sol, á medida que Vinicio iba hablando.

—¿Pero... dices que es cristiana?...—preguntó al fin, dando á Vinicio una mirada escrutadora.

Este, adivinando la intención del campesino, contestó:

—También lo soy yo.

(1) Pórtico ó columnata interior.

Brillaron dos lágrimas en los ojos de Nigro, el cual, después de reflexionar un momento, levantando las manos al cielo, exclamó:

—¡Gracias, oh, Jesucristo, Dios mio, por haber rasgado el velo que cubría esos ojos, los que más quiero en el mundo!

Y cogiendo con ambas manos la cabeza de Vinicio y llorando de alegría, le cubrió de besos la frente.

En esto apareció Petronio, seguido de Nazario.

—¡Buenas noticias!—dijo desde lejos.

Y, en efecto, las noticias eran excelentes. En primer término, el médico Glauco aseguraba que Ligia sanaría, aunque estaba atacada de la misma fiebre de que morían centenares de cristianos todos los días en el Tuliano y en las otras prisiones. En cuanto á los carceleros y al hombre que con el hierro candente comprobaba la muerte de los que eran sacados de la prisión, habían consentido de buen grado en coadyuvar á la realización del plan, y además se había encontrado á un hombre, llamado Actis, que estaba dispuesto á auxiliar á Nazario en la tarea de sacar el ataúd.

—Hemos abierto agujeros en la caja—dijo éste—para que la enferma pueda respirar mejor. Lo que realmente podría comprometernos es que ella hablara ó gimiera al pasar por delante de los pretorianos; pero no es fácil, porque está muy abatida y desde esta mañana ni siquiera abre los ojos. Además, Glauco le administrará un narcótico confeccionado con hierbas que yo mismo le he llevado... La cubierta del féretro no estará clavada. Con suma facilidad, pues, podréis poner á Ligia en la litera y sustituirla nosotros con un saco largo, lleno de arena, que conviene tengáis preparado.

Vinicio, pálido como un muerto, escuchaba las palabras de Nazario con tanta atención, que parecía oirlas antes de ser pronunciadas.

—¿Y no serán sacados de la cárcel otros cuerpos?—preguntó Petronio.

—¡Ah, sí!; hoy han fallecido una veintena de presos, y antes que anochezca habrán muerto algunos más. Nosotros estamos obligados á seguir en el cortejo; mas procuraremos ser de los últimos en salir, y, cuando estemos á cierta distancia, mi compañero empezará á cojear, á fin de quedarnos más á la zaga. Esperadnos vosotros junto al templo de Libitina. ¡Dios quiera sea oscura la noche!